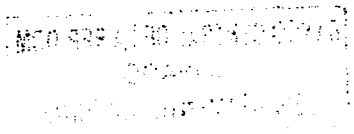


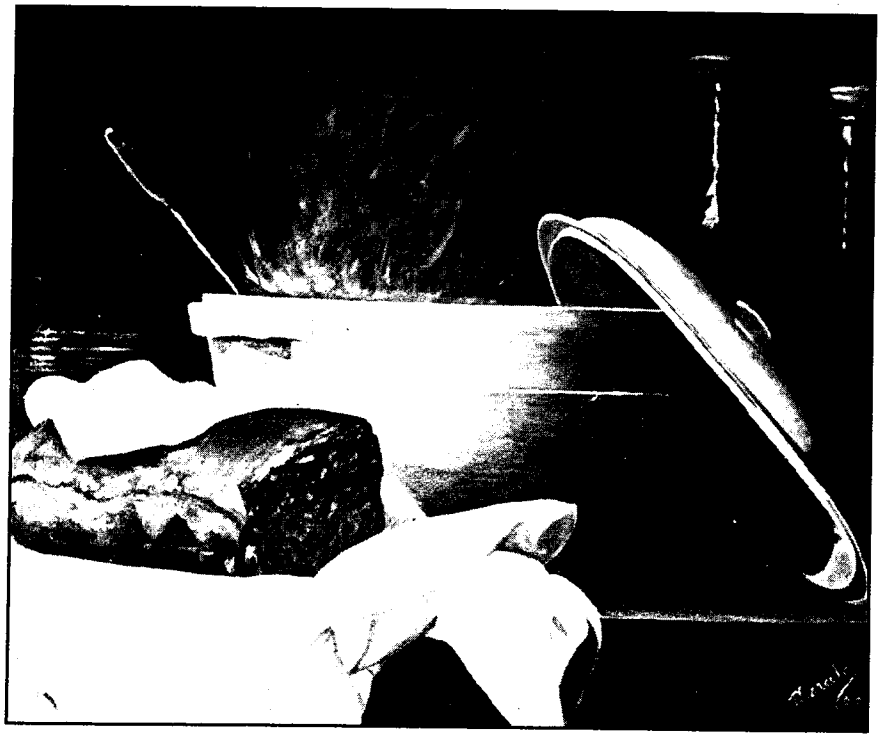
OBRAS PREMIADAS

1 9 9 7

BANCO CENTRAL DE LA REP. DOM.
-DONADO-
DEPARTAMENTO CULTURAL

Obras Premiadas

Tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1997



BANCO CENTRAL DE LA REPUBLICA DOMINICANA

DEPARTAMENTO CULTURAL

Banco Central de la República Dominicana.
Departamento Cultural
Tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1997 :
Obras premiadas / El Banco. Santo Domingo : Banco Central, 1997.
92 p. : il.

ISBN: 84-899953-11-2

1. Literatura dominicana. 2. Artes plásticas. I. Título.

1 9 9 8

DEPARTAMENTO CULTURAL

Edición al cuidado de:
José Alcántara Almánzar
Ingrid Mella de Suárez

Diagramación e Impresión:
Subdirección de Impresos y Publicaciones
del Banco Central de la República Dominicana

Impreso en la República Dominicana
Printed in the Dominican Republic
IBSN 84-899953-11-2

CONTENIDO

Presentación 9

PRIMEROS PREMIOS

"Colapso" 15
Francisco De la Mota

"Al filo del destiempo" 17
Juan Manuel Prida

"Sopera" 27
Marcela Pérez de Martí

"El fuego de la última rosa votiva" 29
Luis José Bourget García

SEGUNDOS PREMIOS

"Residuo" 39
Federico Peña Martínez

"Sueños enmarcados" 41
Juan Manuel Prida

"Investigación Taína" 45
José A. Jiménez

"Y en la tarde, también recoge azucenas..." 47
Luis José Bourget García

TERCEROS PREMIOS

"¿Sin idea?" 55
Cynthia Valenzuela

"La conclusión de Veraldorso Soto" 57
Ramón Echavarría

"Limones" 63
Mercedes Pérez Uribe

"Holocausto" 65
Mirtha Disla

MENCIONES DE HONOR

"Sombra" 71
Maritza Balbuena

"Mar y tierra" 73
Henry Almonte Diloné

"Punking cruxifiction" 77
Francisco De la Mota

"Picardía senil" 79
Celina Fondeur

"Eclipse" 81
Cynthia Valenzuela

VEREDICTO 83

APÉNDICE 87

Notas biográficas de los autores 89

PRESENTACIÓN

Cada año, el Concurso de Arte y Literatura Bancentral constituye una esperada actividad cultural de nuestra institución. Este certamen, convertido ya en tradición, busca impulsar el talento creativo entre todo el personal, al mismo tiempo que abre nuevos espacios para el ejercicio de las plásticas y la literatura, y ofrece a quienes poseen aptitudes, una oportunidad para dar a conocer obras y textos inéditos. Personas con formación muy diversa, que trabajan en áreas técnicas o administrativas del banco, pero dedicadas también a escribir o pintar, encuentran así una magnífica vía de difusión de sus creaciones y un decisivo espaldarazo a través del reconocimiento público.

Durante tres años seguidos, los jurados -Laura Gil y Alberto Bass en artes visuales; Aída Bonnelly de Díaz, Miguel Reyes Sánchez, José del Castillo y quien esto escribe en literatura- han comprobado el valioso potencial artístico de la familia bancentraliana y la disposición de los concursantes para superar trabajos anteriores, presentando obras en las que se advierte una conciencia de oficio e indiscutibles destrezas en la escritura y las artes visuales. Este libro no sólo reúne textos e ilustraciones de aficionados, sino también de conocidos profesionales de las letras que trabajan en el banco, como son los casos de Juan Manuel Prida, ganador, en 1990, del Premio Anual de Cuento que otorga la Secretaría de Estado de Educación y Cultura, por su libro *Huellas en la niebla,* y de Luis José Bourget García, varias veces galardonado en los concursos de Casa de Teatro. En esta ocasión, ambos han resultado doblemente premiados:

Prida con el primero y segundo premios en cuento, y Bourget con el primero en poesía y el segundo en cuento.

La participación en 1997 ha sido masiva, especialmente en artes visuales, por la concurrencia de pensionadas y jubiladas de la institución, cuyas obras han recibido distinciones. Se trata de Marcela Pérez de Martí y Mercedes Pérez de Engel, primero y segundo premios en pintura, respectivamente; y Celina Fondeur, con mención de honor en la misma categoría. "Sopera", título del cuadro con que participó la señora Pérez de Martí, es una recreación libre, muy bien hecha, de un famoso cuadro de Chardin. En este sentido, Laura Gil, especialista en crítica de arte y jurado de nuestros concursos, refiriéndose a dicho cuadro, afirma lo siguiente:

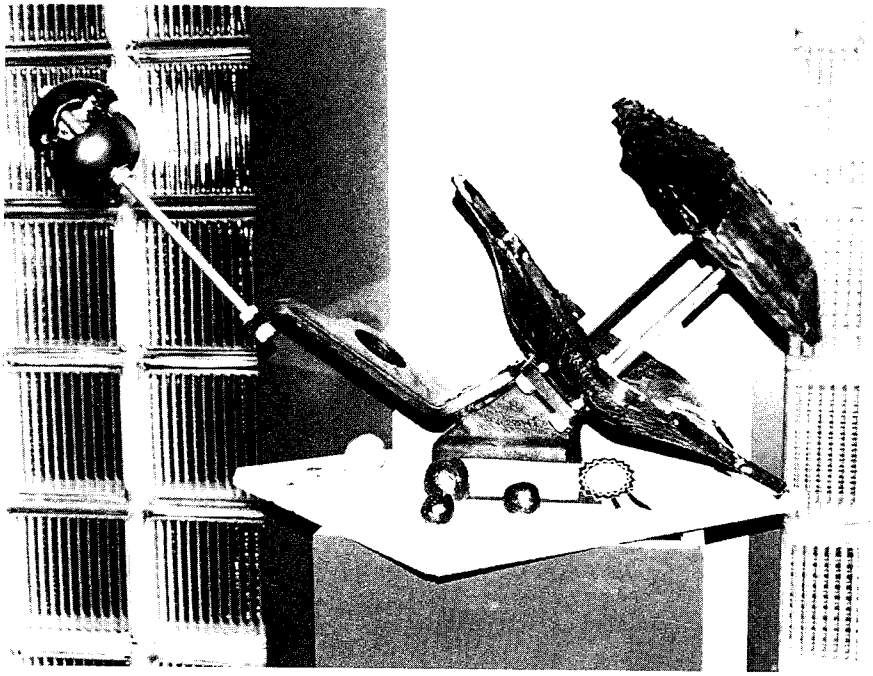
"La obra ganadora del Primer Premio ostenta marcados rasgos postmodernos. Uno es la cita histórica: la temática y composición provienen de Jean Baptiste Chardin, esto es, del bodegón francés del siglo XVIII. El otro es el eclecticismo, puesto que combina los elementos estilísticos que hemos mencionado con una factura y colorido, y una objetividad en el dibujo de los detalles que contrastan con la sensualidad de Chardin, y recuerdan más bien al hiperrealismo de los años setenta."

Por primera vez, la participación en poesía ha sido menor, en términos cualitativos y cuantitativos, de ahí que los miembros del Jurado hayan declarado desiertos el segundo y tercer premios de esa categoría. Y para no desalentar a los concursantes, decidieron otorgar dos segundos y dos terceros premios en cuento. Otra de las características del Tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1997 ha sido la nutrida participación femenina. De diecisiete premios y menciones de honor, siete correspondieron a mujeres, es decir, más del cuarenta por ciento del total.

Como en ocasiones precedentes, este concurso y el libro que ahora ve la luz son frutos del respaldo a la creación artística, que el Banco Central de la República Dominicana, en la persona de su Gobernador, Lic. Héctor Valdez Albizu, y el resto de sus autoridades, viene ofreciendo a todo su personal. El Departamento Cultural desea expresar por este medio su gratitud a los miembros del Jurado, por su importante colaboración, y a cuantos hacen posible, año tras año, la continuidad de este concurso.

José Alcántara Almánzar

PRIMEROS PREMIOS



Primer Premio
Categoría: *Escultura*
Obra: *"Colapso"*
Autor: *Francisco De la Mota*

PRIMER PREMIO LITERATURA

CUENTO

Al filo del destiempo

Autor: Juan Manuel Prida

Compartieron el temor en silencio, en complicidad. El empleado descubrió días antes, al azar, una anomalía. El encargado de la sección se llevó las manos a la cabeza. La expresión de su rostro habló más que mil palabras, en presagio del desastre que se avecinaba de confirmarse las sospechas y no concebir de inmediato la correspondiente estrategia que lleve a aplicar los correctivos apropiados.

La prueba no podía ser más contundente. Confirmados los indicios. Los restos, inequívocos. Empleado y encargado intercambiaron miradas de pactos sagrados, sacralísimos en el encubrimiento.

Entre ambos se firmó un juramento tácito, mas firme en propósitos y rectificaciones.

- Ni una palabra a nadie, absolutamente a nadie, ni aquí, ni en su casa. Esto tiene aspecto de convertirse en alarma roja, y así será si no nos apuramos.

Con la tajante advertencia concluyó el encargado, agarrándose las sienes y tirando los lentes sobre un montón de papeles en el escritorio.

- Cuente con eso. Ni a la mujer, ni mucho menos a los amigos.

- Por supuesto, y cuanto más lejos de los tragos, mejor protegida quedará la situación, hasta ver si es posible dar con una salida airosa sin que llegue a conocimiento de los altos jerarcas ni trascienda a esferas indebidas. Bueno, de hecho, cualquiera que lo sepa fuera de estas cuatro paredes será indebido... No nos conviene, sépalo.

- Despreocúpese, jefe. Con su permiso... tengo que montar guardia y seguir mis indagaciones.

Luego de retirarse, pasó el encargado una larga hora cavilando, dándole vueltas al asunto desde todos los rincones que su mente le permitía evaluar.

De catastrófico, caótico, apocalíptico, calificó el suceso, si crecía en proporciones y no se le ponía coto en seguida.

El primer movimiento sería una evaluación pormenorizada de los hechos, ponderando y calculando los posibles daños.

Al día siguiente mandó a llamar al empleado. Lo puso al tanto de la estrategia, del detalle de sus planes y le exigió el mayor ahínco.

- Dedíquese en cuerpo y alma a ello. Para que no quede margen a excusa alguna, queda liberado de las demás obligaciones a su cargo mientras persistan las condiciones que hoy me llevan a tomar estas decisiones. Manténgame informado de cualquier nuevo hallazgo o de si se produce un avance en la catástrofe, así la he denominado hasta que la normalidad regrese a estos predios.

- No es para tanto, señor, al menos por ahora. Son sólo indicios, no hay pruebas definitivas, contundentes de que sea un mal mayor o generalizado.

- Eso espero, que no llegue a más que a una falsa alarma. De todas formas, al final del día, antes de irse, póngame al tanto de sus indagatorias.

- Por supuesto, así lo haré sin duda.

Más tranquilo, y confiando plenamente en su empleado, corrieron los días sin mayores tropiezos.

Dos semanas después, la tensión había disminuido tanto, que podría decirse que la preocupación había desaparecido del pensamiento del encargado.

- No ha habido señales adicionales, señor. Creo, a no ser que tenga usted un parecer contrario, que no hay ya motivos para pensar en una desgracia de relevancia. Al parecer, pronto volverá a brillar el sol y las nubes de su preocupación se disiparán de la misma forma como llegaron.

- Puede retirarse.

Libre del peso de aquella aciaga situación, y henchido de la euforia que trae el haber capeado el temporal, el encargado olvidó dar marcha atrás a la orden de que el empleado se mantuviese alejado de los deberes cotidianos para permanecer en vigilia ante los acontecimientos que por varias noches llegaron a turbar su reposo.

Pronto empezaron a llegar a oídos del encargado rumores de la repentina displicencia del empleado a quien había confiado la tarea de informarle del penoso asunto.

Crecieron los comentarios como en su momento llegó a aumentar la desazón hasta el límite permisible al saber lo de los restos aquellos tirados detrás de un estante.

Para no dar señales de que se dejaba llevar de habladurías, decidió comprobar por sí mismo lo que se decía de su empleado de confianza, de su mano derecha.

En una imprevista visita a su área de acción, lo halló dormido sobre el escritorio. Sin despertarlo, siguió inspeccionando por su cuenta.

Media hora más tarde, el encargado lo mandó a llamar al despacho.

Los párpados aún velados por el sopor de los ojos enrojecidos, al empleado le temblaron las piernas al escucharle hablar.

- Soy yo quien le va a pasar ahora un informe de los hechos. La situación no sólo no está controlada, o han desaparecido los amagos de catástrofe, sino que las condiciones están dadas para que nos declaren en desahucio. Simplemente, porque usted no se ha dedicado a lo que se le encomendó. Usted, y sólo usted es el culpable de que todo se convirtiese en un pandemónium, algo que debió haber evitado, ya que fue comisionado para ello. Tenemos, de hecho, una emergencia grave, gravísima, si me permite ser incisivo.

- Pero...

- Pero nada. Todo por su ineptitud. Ah, y a partir de mañana, duerma en su casa a pierna suelta, sin problemas de horarios ni la preocupación de ser interrumpido o descubierto en sus siestas, esto claro está, si en algún momento pudo haberla albergado en su interior, aunque como lo encontré sobre su escritorio no mostraba ni pizca de rubor o temor de ser hallado. No tiene que volver. Está despedido.

Acorralado, no le quedó otro remedio que echar mano a otro empleado para que continuara, o más bien hiciese lo que el anterior no fue capaz de llevar a cabo.

- Lo que le voy a decir, se lo advierto de entrada, es confidencial. Escuche, estrictamente confidencial, y no podrá salir de nosotros. Si no sabe ser reservado, o por alguna razón religiosa, moral o de cualquier otra índole, no le es posible dedicarse a lo que le voy a plantear, dígalo ahora. Si acepta, es con todas sus consecuencias y responsabilidades.

- Puede confiar plenamente en mí, no dude un instante en ponerme al tanto de lo que desee.

- Pensaba lo mismo de otra persona, y tuve que salir de ella por no haber cumplido.

- Eso no pasará conmigo, se lo garantizo.

Narró el encargado los detalles de lo acontecido y de sus propósitos. El empleado tenía expresión de restarle importancia, de no agobiarse por una simpleza.

- No se atosigue así. Eso lo soluciono yo en un dos por tres, si me lo permite.

- ¿Cómo dijo? ¿En un dos por tres?

Los ojos del encargado se abrieron como para escapársele. Es maravilloso contar con colaboradores tan optimistas, pero, no sueñe con que sea tan sencillo.

- Claro, eso se resuelve en cualquier ferretería.

- ¿Ferretería?

- Cerca de mi casa hay una. Ahí compramos una vez lo que usted necesita.

- ¿Y qué es lo que yo necesito?

- Bueno, no precisamente usted, es decir, no para su uso, sino para acabar con el problema que lo mortifica. En fin, que con una buena dosis de veneno podremos acabar con ese ratón, y así quedará usted tranquilo y asunto concluido.

- No es tan simple. Hay que determinar primero si es un ratón, o una rata, o si ya han hecho familia entre todos esos papeles, entre esos documentos que custodiamos.

- Eso es lo de menos. Fíjese, se compra el veneno, se esparce por detrás de los archivos y estantes y se espera uno o dos días.

- ¿Y?

- Si aparece un solo cadáver y no se vuelve a encontrar picadillo de letras en el suelo, santo remedio. Si continúan encontrándose papeles desgarrados, hay que comprar una cantidad mayor y regarla por todo el archivo.

El encargado sopesaba cada palabra, ponderándola en su cabeza y haciendo una comparación mental con lo estipulado en los manuales.

- Los reglamentos son estrictos y no podemos manejar aquí sustancias nocivas que puedan poner en peligro la vida de todos.

- En casa compramos raticida con frecuencia y nadie ha muerto. Simplemente, hay que tener cuidado y advertírselo a los demás para que no lo toquen.

- De acuerdo, pero hay que llevarse por las normas, y las normas indican que debemos reportarlo a los superiores para que sean ellos quienes tomen las medidas que estimen pertinentes para erradicar este mal y evitar que las ratas nos lleven entre sus dientes la memoria de este recinto.

- Disponga usted, entonces. Estoy a sus órdenes.

- Esperemos un par de días. Manténgase en alerta máxima y rastree el área en busca de indicios. Es perentorio que sepamos con certeza si se trata de uno o más animales. ¿Entendido?

- Totalmente, señor.

- A trabajar, pues. Y recuerde, antes de marcharse, venga a verme y ríndame el informe correspondiente.

Dos días después, el empleado hizo el recuento decisivo, final, al concluir el plazo antes de que el encargado tomase una decisión definitiva. ¿Acudir o no a los superiores?

- No hay más pistas que las que ya tenemos. Usted dirá qué más queda pendiente. Estoy a sus órdenes para cuanto haya que hacerse.

- Gracias, ha hecho bastante. Lo que resta no está en sus manos, ni aun en las mías. Si vuelvo a requerir de sus servicios, se lo informaré.

- Con su permiso.

El encargado se encontraba en otro mundo, la cabeza dándole vueltas en una centrífuga absurda, torpe, confusa.

"No puedo hacer nada que viole los reglamentos, so pena de ser castigado e incluso perder el puesto, además de cargar con la deshonra que significaría para mí y mi familia este embrollo".

"Si sigo esperando hasta dar con la guarida de las ratas y trazar un croquis del área afectada para que los superiores se percaten de mi eficiencia y puedan los encargados de limpieza y mantenimiento de las edificaciones y áreas externas e internas de la institución atacar la madriguera y exterminar las desagradables y nocivas alimañas, tal vez cuando la encuentre no queda un papel vivo... y por supuesto, ni yo estaré porque mi pellejo peligrará".

"Creo que lo más conveniente es que corra a ponerme a resguardo, a dar la voz de alerta a los superiores y exponerles la situación, por cruda que ésta sea, con todas sus consecuencias. Ellos, que tomen las medidas que estimen prudentes. Hasta ahí llegan mi obligaciones. La ejecución de lo que se disponga, ni ello mismo está en mis manos".

Esa noche no durmió, atormentado por reacciones ajenas, por posibles preguntas que le arrojarían a la cara sondeando el desempeño de sus funciones, en busca de su reacción ante una crisis, en pos de una salida airosa a un problema, a un contratiempo que ponía en peligro el cerebro histórico de la institución. Qué hizo. Por qué no hizo. De acuerdo al reglamento interno. La tradición dice. La experiencia indica. Su deber es. Los hechos demuestran. Las consecuencias serán o serían.

Sudoroso, se sentó ante el escritorio, tomando fuerzas para ir ascendiendo la montaña de autoridad. Esa mañana, por fuerza, tendría que dar parte de sus indagatorias.

Vistió su traje de alpinista, calzando las gruesas botas de clavos anchos y emprendió la marcha hacia la cumbre de sus vicisitudes, de sus tormentos.

¿Y si me despiden? ¿Y si no están de acuerdo con lo que he hecho, como he manejado la situación?

Entró cuando la secretaria de su superior inmediato le hizo señas de que podía pasar.

- Tenemos una emergencia, señor.

- Diga, que no tengo mucho tiempo, voy saliendo a una reunión fuera de la institución.

- Seré breve. Verá, tenemos ratones en el archivo. Bueno, en verdad, no he podido determinar si se trata de uno o de toda una familia, o si una rata parió allí entre nuestros papeles, o si vino a mudarse a estos predios todo un clan de estos animales. Lo cierto es que ha aparecido un picadillo de documentos.

- ¿Una sola vez, o con frecuencia ha encontrado estos restos tirados por el suelo?

- Desde que lo detectamos, se han encontrado en varias oportunidades.

- ¿Cuándo fue eso?

- Hará una semana, señor.

Mintió. Mintió. No pudo hacer otra cosa. Las fuerzas no le daban para más. Demasiado el esfuerzo, la osadía de tirar todo aquello de golpe sin respirar. Si se le escapaba que llevaba más de un mes el acertijo en pie, era hombre muerto.

- Debió haber informado antes.

Ahí saltó la eficiencia de los superiores. Este, el jefe del departamento piensa que las cosas son así. Esperé unos días, la verdad que ahora entiendo que fueron excesivos, para encontrar yo la solución y ganarme un ascenso. El ya es el jefe del departamento, y yo apenas un encargado de sección que gana una miseria y siempre tiene problemas nasales, padece alergias y sinusitis constantes.

- Pretendía dar un informe lo más completo y detallado posible para que ustedes los superiores pudiesen tener un cuadro amplio y preciso del percance.

- Un día después era lo prudente. En fin, a lo hecho, a buscarle provecho. Aunque, en este caso, el provecho no creo que se encuentre muy fácil, salvo las panzadas que se habrán dado los ratones.

- Espero instrucciones, señor.

- Como le dije, voy camino a una reunión. Envíeme una nota interna, un oficio, algo que avale cuanto me ha dicho y me sirva de soporte para seguir informando más arriba y tomar los correctivos de lugar, cuanto antes. Haga eso hoy, antes de irse.

- De acuerdo. Mientras, ¿qué hago?

- Espere órdenes.

Las cosas salieron mejor de lo que había imaginado antes de entrar al despacho. La única queja fue lo del tiempo, "total, ahora hay que esperar más; él salió a una reunión y seguro no vuelve hoy. Mi nota la recibirá mañana. Hoy es jueves. En lo que se entrevista con el administrador, estamos hablando de lunes o martes. Y luego me vienen a hablar a mí de por qué me tardé tanto, ¿o es que el tiempo de ellos, de los superiores no cuenta, o es dorado?"

Salió la nota de su área y prácticamente olvidó el asunto. Terreno vedado, fuera de su alcance algo adicional. Sólo la espera le estaba permitido.

El miércoles recibió una llamada del jefe del departamento, indicándole que cómo va eso de los ratones, "imagínese hoy fue que pude despachar el oficio al administrador para ponerle al tanto del asunto. Ojalá que de aquí al lunes o martes próximos contemos con una respuesta para elaborar un plan de acción".

Y eso que le había echado en cara el tiempo que esperó para informárselo. "Lo mío fue buscando una respuesta, una posible solución; lo de él fue falta de tiempo, por supuestas ocupaciones más importantes. Al parecer, el archivo, esa

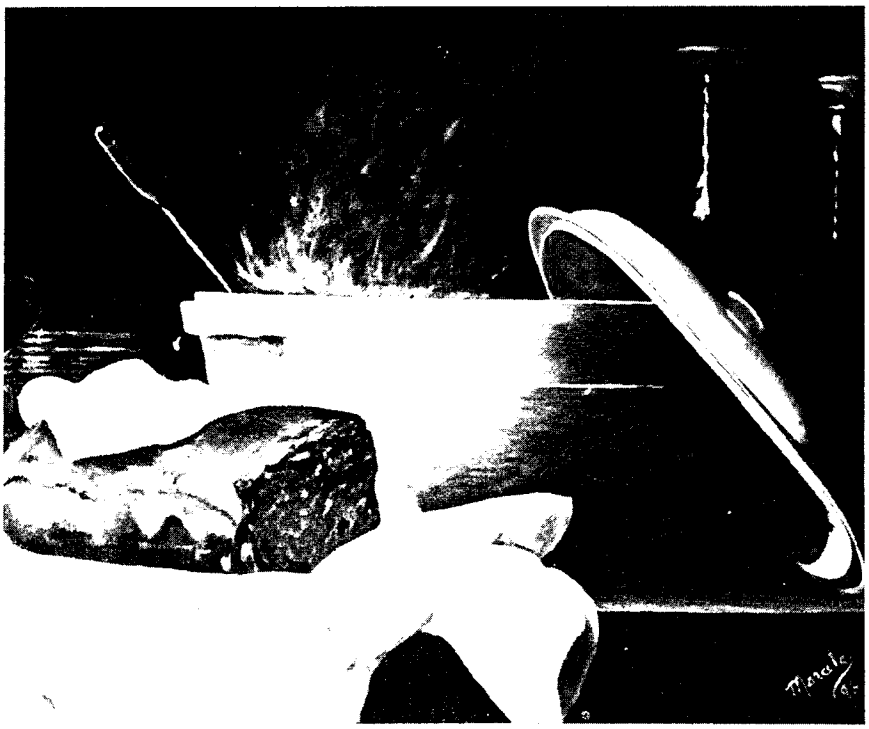
memoria, esos registros institucionales no son de relevancia; cualquier reunión o llamada telefónica atenta de manera franca y olímpica contra años y años de datos y documentos".

Un mes más tarde se produjo un descenso al lugar de los hechos. Una brigada de obreros, de fumigadores se apersonó al archivo, equipados los siete integrantes con uniformes, mascarillas y demás utensilios.

El estropicio, para entonces, resultó mayúsculo. Los papeles destrozados eran alfombra. El cerebro de la institución se convirtió en confeti, en manjar de carnaval para los ratones, que debían para entonces ser horda.

En las labores de ubicar lugares estratégicos para esparcir el veneno, uno de los exterminadores encontró una botella dentro de una caja.

- Parece que alguien se nos intentaba adelantar preparando el veneno. Aquí hay rastros de la pasta diluida en agua, que echaron en esta botella de ron. Lástima que quien haya sido no siguió hasta el final, pues este es el mismo material que utilizamos nosotros. De haber concluido la labor, se habrían evitado estos destrozos. Esta pasta debieron de haberla disuelto hará cosa de dos meses, tiempo más que suficiente para haber cortado de raíz el festín, la molienda de los roedores.



Primer Premio
Categoría: *Pintura*
Obra: *Sopera*
Autora: *Marcela Pérez de Martí*

PRIMER PREMIO LITERATURA

POESIA

El fuego de la última rosa votiva

Autor: Luis José Bourget García

I

Ese paño en tu mano, mujer
es tu *pañodeverónica*
esas tus lágrimas encendidas
mi piel junto a ti huye furtiva
¡Exprime la herida de hiel y de sangre!

No arrastres el velo cautivo
deja que tu pelo asiente mis ansias
pereceré, avieso y en delirio de ti
y no te tendré
pañodeverónica.

II

Virgen libélula
virgen ashanti
en lirios trémula
en tu vientre engendras
largas hileras
de fecundidades inciertas
en tus alas sobas con fruición
finos óleos de almendras.

¿Quién se atreverá?
Remontar tu sanguíneo cauce
sacudir el forraje intenso
de tu pelambre
si de imperial acervo
fuiste ajada como cruces
violada, sí, índiga piel
por gallardas multitudes.

Pervives de tus lauros
añejas son tus largas
y damascenas manos
manos de dueña, de poderdante
torva faz, labios apretados
sonrisa imperturbable
virgen libélula
virgen ashanti.

III

Llueve sol y bajo el almendariz
caen difusos y encendidos
goterones de luz
Llueve sol y se preña la tierra
nacen alabarrios de pupilas dilatadas
botones y liendres silvestres
caen difusos y encendidos
goterones de luz.

No restaña ya la risa locuaz
ni la frente ceñida de nostalgia,
¿es éste el breve espacio que nos separa?
Tumultos horadados por lombríceas manos
tiempo que yace, insomne, indoloro
dos brevarios en que liban los pájaros
dos pasos atrás y un sueño
se hace fulgurante y real:
crece la hierba malva sobre ti,
sobre mi antiguo ser espigas doradas.

El arcano rito del recuerdo
es sólo la brisa que golpea, resopla y murmura
es el pálpito de tu mano y la mía
de la vida entera que vibra y eructa
un pertinaz asomo de lluvia
llueve sol, ¿qué te importa?
no te concierne la lejana nube
que empaña tu horizonte y duele
que mira tras óculos pristinos y sana
que grita como los pájaros y tú

¿de qué quejas?
Tenemos el claroscuro templo
el bien y el mal indistinguible
las raíces de ocultos llantos nos cobijan.

¡Calla! Héroes fuimos considerados
a ti por la impavidez de la verdad
a mí por la siega de la tierra
siega de hombres de difusa voluntad
por nuestro mutuo consentimiento
por el valor esgrimido en la lucha
no sé por qué más
se habla aún de ti y de mí y maldicen
los soberanos impostores
testaferros del escarnio y lloran
con cruces unidas a las manos
y calla el ruiseñor y calla la alondra
y detienen el mundo entero y se postran
quietos y rosados de larga, soleada travesía
y a los pies nos dejan como orlas y
estandartes:
cirios encendidos, hilos de cuentas y paños
bordados.

IV

Tu presencia en mí
es una contumaz
perversión de los sentidos
yo, hierático, impasible
tú, un cuerpo desnudo tras siete velos
una ingente tormenta saltando al vacío.

Cual fámulo expedito, te arrojas a mis pies
y no sé qué hacer, jadeante.

¡Noble mausoleo de la esperanza!
Tú me llevas, rebosas mis ansias
me arrastraré como perdulario
eximido de alabanza
refrendaré tu dictadura, esa difusa ligazón
sobre mis sentidos
no te duelas de la saña inconclusa
de la envergadura de tus alas de ángel
del péndulo que impasible avanza en ti
y retrocede en mí.

El fastidio inoportuno
de sabernos reales
diferentes
asalariados del rencor y
picados de oquedades
rendimos culto a la jerarquía
ímproba y soberbia
de un grande lienzo enmarcado.

¡Apiádate de mi ser y de mi canto!
No pongas fin a la rapsodia
de nuestra inexorable vida
seré súbdito en tu cimero reino
heraldo de lides profanas
opreso, paliado y muerto.

V

¡Palimpsesto!
Hijo de la noble guadaña
verdugo de la verdad
impones bajo tus grabadas
palabras
testigos de iracunda ansiedad.

En bravíos caminos impuesto
por adargas de fierro templado
libro de libros
fiel manuscrito
espurios de amor olvidado.

Anunciaste solemnes
oficios de platería, bodas de luces
apoyado en la ladera del destierro
venturosos convites
e interminable éxodo.

Avergonzado de vivir
perdiéndolo todo
trazaste un círculo de discordia
una alianza inextinguible
tentativa incierta e inverosímil
de alcanzar lo eterno.

VI

Acaso dejaras la impresión
de que todo fue a propósito
los sueños, las caricias
el beso
el hirviente amago de tu fuego
y mi fuego

El último juego de este entuerto
quedaba marcado por el llanto y el silencio
caminos de rosas que implacables
ruedas de oscuros carruajes pisotean.
A un lado, oídos curiosos se avecinan
no comprenden el delirio ajeno
con estupor cubren las heridas
mas la llaga no cura sólo de penas.

Entiende, una vez más
se abren los pórticos señoriales
juegan a rayuela los niños
en verdes pastos
y estrechas callejuelas
¡resuena la vida, que más da!
La noche nunca se vislumbra
tras un bosque florido se oculta
no reparamos en mientes
ni en dóricas columnas de volutas
tan sólo en los ojos que se cruzan.

No más personas sin identidad
perdidas en lo oscuro
bajo los fuelles y puentes arcados
o los broches divinos de añiles montes
por surcos de arado ya olvidados
abrimos una senda nueva, irrestañable
sólo nuestra.

SEGUNDOS PREMIOS

Segundo Premio
Categoría: *Escultura*
Obra: *Residuo*
Autor: *Federico Peña Martínez*

SEGUNDO PREMIO LITERATURA

CUENTO

Sueños enmarcados

Juan Manuel Prida

Enmarcaba sueños como se llena de cosas una caja. Con facilidad ponía cerco a las ideas y las colgaba en su mente. Quedó prisionero de los marcos al verse en una foto, en la primera que la entregó su madre, aquella que le tomaron cuando el pueblo conoció la impresión a colores de la realidad. La tuvo en las manos durante horas. La magia entre sus dedos le desconcertó. Podía manejar su cuerpo en el espacio de una palma, de unas yemas, y cosquillearse la mejilla con las uñas. A la vez, seguía siendo él, de físico entero, de presencia plena en carne y contorno. El deslumbramiento por la fotografía no murió con aquella primera toma. Iría, en cambio, creciendo con el tiempo. No supo sino años más tarde lo que la turbación por los retratos iba a significar en lo sucesivo, hacia dónde conduciría su existencia. Cuando las circunstancias lo permitieron se hizo de una cámara y encuadró cuanto desfilaba a su alrededor. En la casa no cabían más fotos hasta que hizo su aparición el cine portátil, casero. Crecieron las posibilidades con su estupor. El encuadre no sería estático. Fluiría, como

corre el arroyo por el monte, libre de los márgenes del visor de su instantánea. Se adecuó a las circunstancias y llevó la tecnología a casa. La sala se convirtió en cinematógrafo. Alquiló películas en aluvión. Una tras otra desfilaron ante sus pasmados ojos, pletóricos de sorpresas. Aquello era indescriptible, el límite de la felicidad. Disfrutó días, semanas, frente al televisor por el que circularon vistas, paisajes, situaciones inverosímiles a su corto entendimiento. Cuando no le quedó nada por ver salió decepcionado de la tienda de videos ante la manifiesta declaración de incompetencia del dueño por su caso. Una voz anónima le sugirió filmar sus propias películas, o grabar directamente del televisor las que allí se proyectasen. Acudió de nuevo a los avances del momento y adquirió una filmadora. Se sintió director, productor. Reproducía en las noches lo captado a la luz solar. El regocijo llenó su alma. Una pena, con todo, afloraba en las profundidades de su ser. El, hacedor de historias, forjador de mundos visuales, no aparecía en pantalla. Cojeaba su entusiasmo. Instaló, entonces, un circuito cerrado. El aburrimiento colmó su ánimo al repetirse entre cuatro paredes y recordó la estrechez de las imágenes estáticas, frías de movimiento. Arrancó de cuajo los cables y devolvió el aparato, por minusválido, limitado. Se conformó con la práctica de filmar sin ser actor, de estar siempre tras bastidores. Pasó luego a grabar películas de la televisión. Resultó agradable y mantuvo la práctica por varias semanas. Una noche cayó dormido sin haber apagado el equipo. Al despertar lo hizo antes de hundirse en la rutina diaria. El atardecer lo llevó, como día a día en los últimos tiempos, a ubicarse en su observatorio de imágenes a la carrera. Encendió los componentes de su festejo visual disponiéndose a contemplar lo que allí había quedado, recogido sin supervisión. No pudo creer lo que apareció en la pantalla. El, que se quejaba de no ser parte de su propia creación,

protagonizó la cinta en todo su alcance. Guardó silencio ante el descubrimiento. Para despejar el panorama repetiría lo de la noche anterior. Con toda intención, cerró los ojos, forzándose a dormir. Mañana esclarecería el asunto. Sin contener la ansiedad, al amanecer rebobinó la cinta y la reprodujo, como cualquier otra de la tienda de alquiler. Una vez más, el papel estelar recayó en su persona. En varias ocasiones hizo igual y recibió situaciones en las que era la figura principal, la estrella de aquellos pasajes visuales. Una de ellas caló hondo en su interior. Se veía asaltado al regresar a casa por un vagabundo, que en el forcejeo por despojarlo de su tomavistas, le clavó un cuchillo en el estómago. El agresor, curioseando en el aparato, filmó un periódico al lado de su cuerpo yacente. La fecha no correspondía al momento. Era posterior. Miércoles 21. Hoy, viernes 16, casi cayendo el sábado. Los tres siguientes días los pasó en el limbo, con una fecha prendida en el alma. Se impuso olvidar el suceso y seguir el curso normal de sus horas, haciendo caso omiso a una imagen absurda, tonta. Regresó a la lente el martes, sin recordar que era la víspera de lo presenciado. Filmó como de costumbre, y como era usual en estos tejes se internó en lo captado al amparo de la paz de sus paredes, de su sillón habitual. El miércoles llamó al umbral de su rutina. La cotidianidad se desarrolló a ojos cerrados. La jornada se deslizó lenta, lleno de prisas él por filmar. Esta vez traspasaría los lindes normales, atraparía en su cámara la noche. Salió al atardecer y se entretuvo buscando poses nuevas, diferentes de la vida. La noche en grande le cayó lejos de su refugio. Miró el reloj. La realidad se le vino encima de sopetón. La hora había avanzado sin control, embebido en su labor recolectora de imágenes. Deshizo el camino y anduvo sobre sus huellas hasta un descampado cercano a casa. Distraído, no percibió una sombra que se le aproximaba cada vez más, hasta estar a su espalda. La presencia, ajena, extraña le hizo volver la cara. Un desconocido

se avalanzó sobre él, tratando de quitarle el artefacto en las manos. Forcejeó con el asaltante hasta sentir el estómago desgarrado por la entrada de un metal intruso, avasallante. Al caer, en su mente se dibujó en cámara lenta lo que había presenciado en casa. Un periódico se bamboleaba a su lado al ritmo del viento.

Segundo Premio
Categoría: *Pintura*
Obra: *Investigación taína*
Autor: *José A. Jiménez*

SEGUNDO PREMIO LITERATURA

CUENTO

Y en la tarde, también recoge azucenas...

Luis José Bourget García

Pintaban figurines, sacaban imágenes y dioses de amorfos palos de Guayacán, lustraban las piedras, impregnándolas de colores vivos que ellos mismos preparaban, y luego recogían la basura de su arte, limpiaban las aceras de sus floridos escombros y desaparecían sin dejar rastro.

La esquina formada por la inusual convergencia de tres callejuelas, y que desde la época de la colonia daban por llamar del futriarca, quedaba sumida en un remanso de placidez, interrumpido solamente por el continuo golpeteo del cerrar de puertas y ventanas. Fátimo aprovechaba entonces la discreta calle desierta para sentarse a la orilla de la acera, frente a lo que una vez fue la barra del Futriarca, matando hormigas que habían perdido el rumbo de su nido, tratando de olvidar que la tarde anterior también había estado allí, sentado mientras se dilataban las sombras que precedían a la noche. Siendo como era, implacable vendedor de postales en alguna esquina durante el día, reclutador de

fulanos para cualquier empresa del capricho, no lo arremetía el tedio sino hasta muy tarde en que la oscuridad le hacía olvidar el sueño, y entonces pensaba en acostarse porque le daba la gana, un digno hijo de su padre (y tres generaciones lo atestiguaban), remontaría los escalones hasta la pieza en que alguien respiraba malamente, aparte de él, vesicada de pénfigo y con los tropiezos indistintos del mal súbito.

Y era a su llegada, al cortar el sol los primeros ramilletes anaranjados del horizonte, que se fijaba siempre en la calle y maldecía los lienzos coloridos que adornaban la esquina, a sabiendas de que se los llevarían muy pronto a dormir a otra parte, cubiertos por otros cuadros embadurnándose en el calor húmedo de agosto, y vendrían repintados al día siguiente, antes de que él pusiera el pie en la calle, esperando la mirada conmiserada de algún pendejo. No ocurría así cuando la barra estuvo abierta, pensaba, y allí se reunía el grupo que venía de jugar softball. Eran sus héroes, Plinio y sus muchachos a la cabeza, acabándose de meter a la policía en un bolsillo después de jugar en el terreno municipal. Venían con las sirenas y todo, y acababan quecheándoles y haciendo de árbitros, ridículos con sus corbaticas sobre el ombligo, y luego los escoltaban con las sirenas hasta la barra del futriarca, y el mismo Plinio les metía una botella de Dumbar's bajo el asiento del Volkswagen y los mandaba a acostar. Armaban la de no te menees, y luego que tenían dos tragos en la cabeza encabritaban a los artistas, les ahuyentaban los escasos clientes bramando desde dentro de la cantina, malditos haitianos del carajo, decían, y ellos se quedaban cabizbajos en medio de las carcajadas.

No fue así como Fátimo pensó que acabarían las cosas, él que se regodeaba en el pensamiento mientras veía por la ventana los sucesos de la barra, y se imaginaba jugando softball junto a Plinio para después echarse vainas con quien

fuera. La barra la cerraron y los haitianos volvieron, al cabo de un tiempo, con más vituallas que nunca y dispuestos a hacerse dueños absolutos de la calle, luego de salir victoriosos en su formidable ejercicio de paciencia. Y se pasaba trabajo, pensaba, pero luego se penaba por la música que no se acababa, porque si ya la cortaban en alguna de las casas, ya la comenzaban en otra, y a las diez de la mañana era imposible dormir con el retumbo de veinte sinfonías, por lo menos. Si no fuera por el Comandante, por la Raya o por Muertoenvida, el ocio acabaría mandándolos a todos a espiar los buques en la orilla del muelle, era muy fácil llegar, sólo volando doce verjas a puro ramplimazo y ya estaba, la corriente indómita del río.

Se comentaba que cada noche se perdía alguno de ellos, de los haitianos por si acaso, y se iba a vender su cuerpo en algún batey lejano. Esta era la forma en que morían, o al menos así lo consideraban quienes se quedaban al abrigo de las esquinas, pues nunca volvían a tener noticias. El Comandante era uno de los pocos que se les acercaba, y aquí y allá las miradas recelosas rodeaban la escena mientras compartía una tapita de clerén, y a quién le importaba, oteaba las ventanas y se bajaba los pantalones si alguien lo estaba viendo, qué indecencia, regurgitaba el último trago y lo escupía, por algo le decían El Comandante, el Membrudo, tiraban el agua con lavaza en la calle, y él se plantaba frente a la puerta y se mandaba en la madre, no lo volvían a hacer, el mismo Plinio le tenía miedo, ¿y quién mandó a cerrar la barrita, la cuevita hedionda a orín de cerveza?, no cabía la menor duda, él era la ley y el orden en la esquina del futriarca.

Mandó a llamar a los haitianos y los asentó de nuevo a todo lo largo de la calle, Fátimo debía pasar de tarde y cobrarles el espacio, para luego rendirle cuentas al flaco de

Muertoenvida y a la Raya, toda una burocracia del mismo diablo. Concertaba citas y cabildeaba asuntos de orden para que fuesen sometidos a su venia, que si por fin van a dejar que cuelguen la ropa en el callejón de sol para que seque bien y no apeste, y él respondía que no jodan, que si la cuelgan la mando a quemar, qué cosa, y tú Fátimo del carajo, si vas a vender postales en la esquina tienes que pagar el espacio, qué cosa. No había que darle muchas vueltas al asunto de quién mandaba y quién no, la calle cogió vida, se llenaba de gente a todas horas, quién lo diría, da para llorar, hasta iban a meter una ruta de trolebuses, qué desgracia, y ya venían los camiones y guaguas de haitianos pintados de mil colores, el pobre no tiene suerte, sólo hay que decir que los domingos montaban una feria con estrella y carrousel, maldita reguindaleta, no era para estar en la calle a esta altura del juego, cuando vinieron los grises en dos camiones grandísimos y sin mediar un tercio le metían la macana hasta el tuétano y por los ojos, y entre el alboroto de las gallinas y las cotorras que llevaban a vender a escondidas, desmantelaron los tarantines y las vendoleras, metieron un camión por la calzada y sólo dejaron el limpio, se llevaron al Comandante requintado de moretones, botando espuma por la boca, lo metieron de cabeza en el camión y eso fue lo último que se supo de él.

"Eso de inocular me suena a un asunto del demonio". Fátimo no hacía caso a su madre, postrada en la cama como una momia faraónica, transparentada levemente por el mosquitero. Habían transformado el local de la barra en un redil, por la mañana llegaban dos hombres y una mujer vestidos con overoles blancos, destrancaban los candados y colocaban en la puerta un aviso pintado a mano, "se inocula contra la rabia". La costumbre era, que luego de un rato los dos hombres salían juntos del local y no volvían hasta la

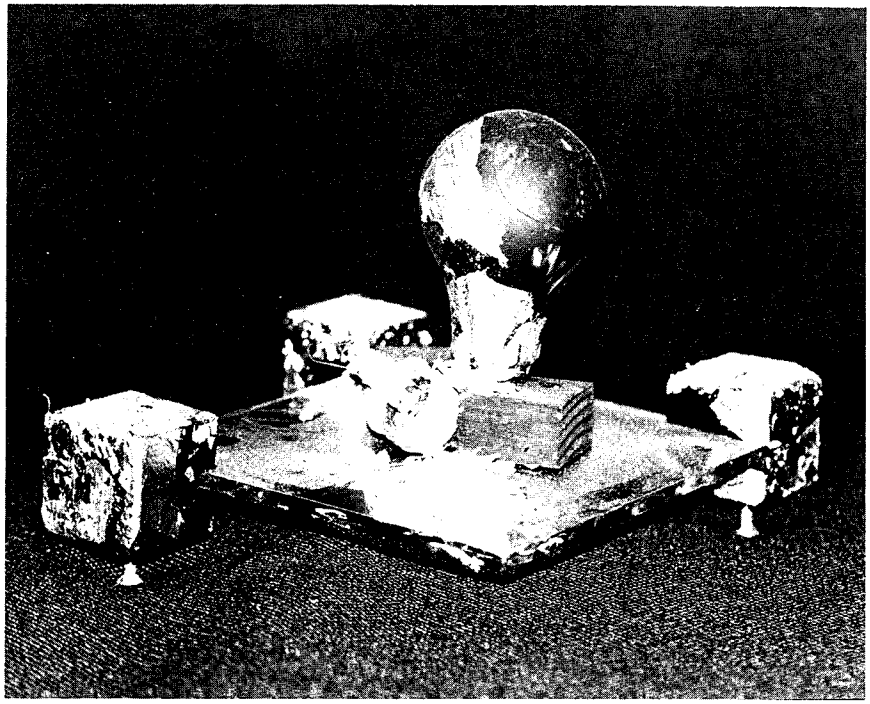
tarde, mientras que la mujer permanecía allí hasta la hora de cerrar.

A Fátimo la visión de la mujer le remordía la conciencia a tal extremo, que se enfrentó a su madre para recoger de la calle a un viejo perro de pulgas al que daba su propio desayuno. "Tú que estás en el puro hueso, ahora te vas a arreglar-le decía-, esas sólo pueden ser cosas de tu padre, que en paz no descanse". Fátimo no le prestaba atención, había determinado ir esa misma tarde y hablarle a la mujer, aunque todavía estaba cruzando la calle y no sabía qué decirle, y era verdad que el calor agobiaba, que se les empañaban los ojos a la gente, pero no era tanto como para hacer perder la cordura. En el lado opuesto de la calzada, un grupo de haitianitos jugaba a orinarse los unos a los otros. Este calor va a matar a alguien, un farol perdido escupe una luz inútil, amarilla en la sala de una casa, y es que aquí se trancan, decía, en pleno día se encierran a morirse estos moros del güiche, y para sacarlos hay que prenderles la concha como a los caracoles, qué vaina, con este sol hasta se le evapora el brillo a las postales.

De vez en cuando soplaban los alisios de la costa, y en medio de la calle se posaban las canciones perdidas de los barcos del Ozama, nos traemos el delta del río, la tenue llamada-cantaban-, piel canela trigueña mía, sufrían. Qué espanto, decía, tener que aguantar esto mientras el perro se planta en la rueda de un carro, tanto le costó arrastrarlo del collar improvisado para cruzar la calle, y ahora quién lo interrumpe, no me hagas una escena, acuérdate de los huevos salcochados y la hogaza de pan con ajonjolí, acuérdate que tienes que ser el único perro de este barrio que es de alguien, y así nomás, qué va, ya le embarraste la calzada al turco, ahora sí que nos jodimos, no te rompo el pescuezo porque no te conozco bien todavía.

La mujer estaba sentada ante un pequeño escritorio, y un abanico de largas aspas revoloteaba sobre su cabeza. Todavía las paredes exhalaban el tufo a ron y cerveza de la antigua cantina. Fue una frustración, la mujer sólo prestó atención al animal mientras él trataba de mascullar algo entre los dientes y aguantar la reprimenda de que, obviamente este perro tiene un dueño tan sucio y peleacallejones como se colige por el mal olor y las cortadas en las patas, qué injusticia. De buenas a primeras Fátimo se vio de nuevo sentado en la calzada, matando hormigas con el perro a su lado aún quejoso de la vacuna. Uno de los niños que jugaba en la calle lo llamó con un silbido, y el animal acudió presto con el rabo marcando el ritmo de la liberación. Se dio cuenta entonces de los haitianos que permanecían a esa hora cobijados unos contra otros junto a las vituallas que les servían de abrigo, de los últimos paisanos que escondían las mecedoras ante la inminente muerte de la tarde, y entonces una diminuta lluvia de florecillas blancas lo sobresaltó, le hizo brincar de su asiento para percatarse de que era intensa y real, y que la calle comenzaba a inundarse de ellas. Gritó y tocó en todas las puertas de la calzada pero nadie respondió a su llamado, nadie sacaba un pie en la calle pasada la tarde y mucho menos miraría al cielo para contemplar el espectáculo imposible de una nube cargada de lilas aromáticas, recién cortadas del río y vaciadas impiadosamente sobre un diminuto grupo de haitianos, que habían comenzado espontáneamente a cantar y danzar en sus ritos arcaicos en medio del festival increíble y por primera vez desde que un día cruzaran la frontera, esperando el milagro que ahora les arremetía a manos llenas.

TERCEROS PREMIOS



Tercer Premio
Categoría: *Escultura*
Obra: *¿Sin idea?*
Autor: *Cynthia Valenzuela*

TERCER PREMIO LITERATURA

CUENTO

La conclusión de Veraldorso Soto

Ramón Echavarría

Aquella mañana los aprestos del viaje eran tan agitados como la larga agenda a realizar en los siguientes días, distribuyendo equipos e insumos a lo largo y ancho de la Región Suroeste. Veraldo afanosamente ubicaba la carga en su camión en los lugares más apropiados, tanto para la preservación como para que el orden de estibamiento estuviera en el de los diferentes poblados y lugares donde debía descargarla, por eso sus constantes rebatiñas con Pablito "Pan Blanco", - su ayudante - reflejaban sus beneficios al momento de entrega, cuando de acuerdo con la lista cada paquete era de fácil localización para ahorro de tiempo y trabajo.

Al iniciar la rechinante marcha del estruendoso vehículo, Veraldo escuchaba con sumisa atención las vehementes instrucciones del Ingeniero Leonte - Jefe de Suministro - sobre la necesidad urgente de la entrega de su carga para cada uno de los acuerdos citados en la lista y su compromiso con "las instancias superiores" de eficientizar los mismos para disminuir los reclamos populares ante las precariedades de esos servicios.

A su llegada a cada poblado, las calles y caminos experimentaban de pronto un inusitado movimiento de transeúntes, mientras Veraldo, botella de ron en bolsillo trasero y lista en mano, enumeraba los artículos a descargar, los cuales chequeaba celosamente, ya que Pan Blanco, no obstante ser su ayudante de toda la vida, solía equivocarse con frecuencia, pero lo prefería, por ser hombre honrado, que cualquier otro "avivato" pues aunque fuera loquito, jamás sería capaz de "clavarse" una pieza - refiriéndose a la característica conductual de su oligofrénico ayudante.

Aun con su escasa intuición, Pan Blanco advertía un entusiasmo inusual en Veraldo, que se revelaba en la reducida frecuencia que se daba sus "petacazos", lo que no entendía, por tratarse de una ruta más larga e inhóspita que la Región Nordeste, donde por once años realizaban estas labores. Por eso Pan Blanco quiso satisfacer su curiosidad preguntándole con un acento de miedo y respeto:

- ¡Oiga Veraldo!, ¿a qué se debe tanta alegría, e que uté no conocer el Sur?

- Mi...mi...ra Pan Blanco, lo que pasa e que yo por fin voy a conocer el lugal que tiene el mismo nombre que yo, y. y..voy a verigual en honol a qué Santo o a que persona, pa..pa..yo eplicalle a lo que me joden tanto co..con este fuñío nombre-replicó Veraldo con su incipiente tartamudez alcohólica.

Concluída la entrega en el poblado de "Vengan a Ver", figuraba a continuación el nombre del lugar anhelado para Veraldo hacer sus investigaciones onomásticas. Al pie de la página 32 la lista se detallaba.

Para .....ver al dorso.

Desde entonces, empezó el viacrucis para localizar ese lugar, cuentionando a lugareños, viajeros, puestos militares, etc.

¿Por dónde se llega a "VERALDORSO?"

Aunque nadie pudo precisarle, las respuestas nunca fueron negativas, porque en realidad, ni los más conocedores de la región, aunque no les orientaba el nombre mencionado les sugería el de un lugar, sobre todo en ese Sur donde existen tantos nombres exóticos, quizás por la influencia fronteriza, lo que mantenía viva las expectativas de encontrarlo. Así llegaron a Baitoa, El Limón, Boca Cachón, La Descubierta.

Después de tres días recorriendo las polvorientas y agrestes carreteras en la ribera del lago, ya agobiados por los infructuosos esfuerzos, Veraldo se dirigió al primer puesto militar a llamar por "fonía" al Ingeniero Leonte, para tratar de explicarle el retraso de su viaje.

Veraldo recibió instrucciones precisas de retornar a la Oficina Central después de comunicarle al Ingeniero Leonte su imposibilidad de encontrar la comunidad de "VERALDORSO", pero el ingeniero tampoco se percató del significado de tal "nombre" quien por su onomatopeya pensó:

"Ese lugar como que me suena".

Al cabo de cuatro horas, con sentimiento de frustración por lo nunca ocurrido en trece años al servicio de la institución, Veraldo se presentó en el despacho del Ingeniero. Lista en mano le explicó las peripecias realizadas para encontrar "ese fuñío lugar" al tiempo que señalaba con el índice de su diestra al pie de la página 32:

En el rostro del Ingeniero se dibujó una mezcla de risa y cólera, pero su indignación no le permitió reconsiderar tanto las limitaciones académicas, ni la trayectoria de servicio de Veraldo, a quien suspendió, más bien por apoderar la culpa en la parte más fina del cordón a fin de establecer responsabilidades y sus consecuencias ante la situación creada por su confusión, despojándolo de las desgastadas llaves del camión que con tanto celo cuidó durante tantos años de trabajo.

La población laboral de la institución en actitud solidaria expresaba su pesar por lo sucedido, posibles alternativas de solucionar el caso y explicarle el significado de esa frase al pie de una página.

Creció entonces la indignación de Veraldo, pues no creía posible que sus padres incurrieran en el mismo error y condenarlo de por vida, no sólo a ese nombre, sino a las consecuencias que de momento pasaba a causa del mismo. Fue por eso que precipitadamente se dirigió a casa de su madre, a quien abruptamente le exigió que le explicase el origen del mismo.

Doña Bruna, mujer de asiduidad religiosa inquebrantable, le exigió que se calmara mientras buscaba la documentación escrita que justificara el nombre. Mientras Veraldo esperaba en el limitado entorno de la modesta sala de mobiliarios antiquísimos, en las crujientes oscilaciones del balanceo de una mecedora centenaria, al cabo de media hora apareció Doña Bruna con un raído ejemplar de un almanaque de Bristol, hojeando sus amarillentas páginas, susurrando su texto, con voz entrecortada y movimientos parkinsonianos, leyendo minuciosamente cada reseña:

-"A....agua de Florida de Murray y Lanman.... Tricófero de Baari...¡ah!...¡ah!...¡aquí tá, tu naciste el 31 de agosto de 1949- su dedo índice seguía la columna de las fechas hasta el pie de la página donde leyó:

"31 de agosto....Ver al dorso"

Doña Bruna lo miró con cara de convencimiento de haber satisfecho su inquietud, pero Veraldo asociando la fatal coincidencia entre el origen de su nombre y el final de su trabajo concluyó:

-¡LA LEALTAD A ESE JODÍO LIBRITO A MÍ Y A MILES DE GENTES NOS HA DESGRACIA'O LA VIDA!

Tercer Premio
Categoría: *Pintura*
Obra: *Limones*
Autora: *Mercedes Pérez Uribe*

TERCER PREMIO LITERATURA

CUENTO

Holocausto

Mirtha Disla

Goyito García retornó a su casa caminando con inusual brusquedad, algo fuera de lo común en él que había sido un hombre muy equilibrado toda su vida, cruzó la puerta y se detuvo en la sala, miró con fijeza a su mujer Ana, tratando de encontrar en ella la paz perdida, pero fue una idea vana, ya su mente estaba contagiada por aquella terrible decisión, y nadie podía hacerle desistir.

Caminó al patio, se desnudó al lado del tanque de agua, y con movimientos involuntarios inició su baño, tomó la toalla y se secó, fue hacia la habitación donde Ana le había colocado la ropa sobre la cama, se vistió muy distraído, y buscó el puñal en la gaveta, pensando hasta qué punto estaba actuando de una forma desconocida para él mismo, era la primera vez que salía armado de la casa, por un momento la duda se recostó solícita en sus entrañas, pero el peso del arma en la cintura, le dio la seguridad de que era capaz de enfrentarse a cualquier situación y defenderse, arrastró sus pesadas garras hacia la cocina, y comió en un silencio obstinado, tomó agua y le dirigió la palabra por primera vez:

- Voy al pueblo a beberme unos tragos, no me esperes que voy a llegar tarde - gritó con la esperanza de que todo el vencindario lo escuchara y lo comentara.

- Ve con Dios - le dijo y lo acompañó a la puerta, lo miró irse por el camino hasta que no se percibía más su espalda, después entró y cerró la puerta.

Cuando Goyito estuvo seguro de no ser visto por nadie regresó a su casa andando fuera del camino, y por la parte más oscura, se escondió tras unos arbustos, dispuesto a llevar hasta el fin aquella situación.

Todos estaban de acuerdo en su habilidad para dar consejos a los miembros de la comunidad, su nombre era sinónimo de seriedad y respetabilidad: era escuchado como una persona sabia.

Por esto él nunca se expondría a ver su honor rodar por el suelo, o a convertirse en motivo de burla, por eludir dar la cara, como habían hecho los otros, que llenos de espanto lo consultaban, pues no sabían realmente qué actitud tomar.

En aquel momento estaba indefenso bajo el peso de sus propios sentimientos, siempre había eludido los problemas pero era tiempo de cambiar.

Un sudor frío empapaba su cuerpo y se hacía transparente al evaporarse al contacto con su ardiente piel, y pensaba que debía actuar como el hombre que era.

La noche estaba en su contra, percibía el espesor de la bruma sobre él, que lo afixiaba y lo obligaba a saltar como pinchado por mil agujas.

Estaba al borde del precipicio, y temió ser empujado por las hadas buenas que trataban de hacerlo cambiar de parecer aleteando sus alas sobre su triste anatomía.

Se levantó y caminó de un sitio a otro, sus vísceras eran estranguladas una por una por el peso insostenible de que hubiese otra salida menos definitiva; sobre su cabeza aleteaba

la certeza de la calamidad, se tocó de nuevo el puñal para pedirle que fuera su compañero fiel, y que velara para él salir mejor librado que su oponente.

Hizo un brindis imaginario como despedida a su vivir cotidiano, y recibió con algarabía y una gran bienvenida a lo que sería a partir de ese momento, pero ni la incertidumbre lo hizo titubear en su decisión, esa noche él descubriría lo que de cierto había en las ideas que mecían su subconsciente y lo arrastraban a sentir que no tenía derecho a respirar hasta no haber finalizado aquel putrefacto lío de sanguijuelas.

Intentaba patear el tiempo, a la espera del desenlace final a su tormento y clamaba a Dios porque se emparejara la puntuación que estaba a favor de su contrario, y que su alma encontrara alivio en aquella acción.

Peleó con los ruidos habituales de la noche, reprimiéndolos y maldiciéndolos por ser tan fuertes que quizás no le permitieran detectar su presencia.

Su corazón era como un gran tablero de ajedrez, donde se hacían las jugadas, y él, peón, enfrentado al rey, sin saber cuál ha de ser el siguiente movimiento, y que sólo busca protegerse tratando de pasar lo más desapercibido, con la finalidad de atacarlo en su olvido.

Estaba consciente de que era demasiado lo que exponía en aquella incierta aventura, pero cuando nuestra propia naturaleza nos exige limpiar la paja de nuestro almacén, somos presa de la gran urgencia de llevar todo hasta el final.

Casi al amanecer su cuerpo lo presintió más que verlo en los alrededores, se acostó en la tierra, para pasar más desapercibido, y sorprenderlo, lo dejó acercarse a la casa para estar más seguro de que era la persona que estaba esperando.

Su cuerpo se estremeció ante lo esperado, y se convirtió en un todo con su mente, dispuesto a responder ante el más mínimo mandato, todo estaba listo para enfrentar a su rival.

Su sangre circulaba en frenética carrera queriendo salir de sus venas y atacar primero a aquel hombre que estaba a punto de violar su vida, de terminar con sus años de ser buena persona, y se dijo que no le importaban las consecuencias, estaba dispuesto a enfrentarlo todo.

La sombra tomó el camino que llevaba al patio, y Goyito no esperó ni un segundo más, saltó sobre él sorprendiéndolo, y tirándolo al suelo, rodaron en una lucha frenética, lo golpeaba con el puño, de una forma para él desconocida, lleno de una rabia tan grande que se sintió capaz de todo, se llevó la mano a la cintura en busca de su puñal para terminar con aquél que había acabado con su tranquilidad, pero aun en aquel momento se sintió seguro de que no era un asesino, y lo sostuvo por el cuello con todas sus fuerzas de hombre de campo, y buscando el aire que le faltaba a sus pulmones por la lucha, le preguntó:

- ¿Eres tú quien ha estado robando mis gallinas y las de los vecinos?

MENCIONES DE HONOR

Mención de Honor
Categoría: *Pintura*
Obra: *Sombra*
Autor: *Maritza Balbuena*

MENCION DE HONOR LITERATURA

POESÍA

Mar y Tierra

Autor: Henry Almonte Diloné

En el principio era el caos
y luego de jornadas milenarias de trabajo
se definieron los grandes espacios:
la inmensidad del agua fue llamada **Mar**
y el espacio firme fue llamado **Tierra**.

Mar y **Tierra,**
Tierra y **Mar,**
simbiosis perfecta de la vida
con el Hombre colocado como centro;
asombros de montañas verticales,
abismos cargados de misterios,
auroras pletóricas de luz,
corrientes fluviales emergentes,
cortinas de lluvias expandidas,
aroma auténtico de flores
y en todos los ámbitos del mundo,
una explosión infinita de colores.

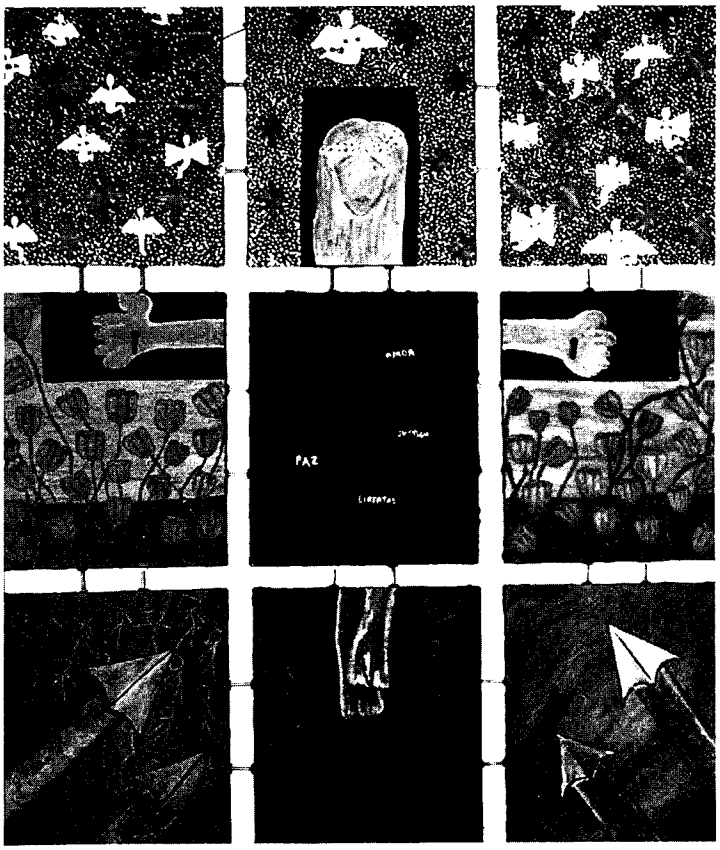
El Hombre,
inició el proceso
desde entonces
y en una degradación
paulatina,
creciente,
consciente
e inconsciente,
pero siempre sostenida...
fue secando,
poco a poco,
las fuentes de la vida.

El proceso
felizmente
es reversible:
aprender como niños
a amar los colores,
a reforestar con sonrisas
los dolores,
a escuchar las hojas de la primavera,
el susurro de alas
batiendo los vientos,
el grito del pájaro nocturno,
o los argumentos de la rana
alrededor de un lago en media noche...

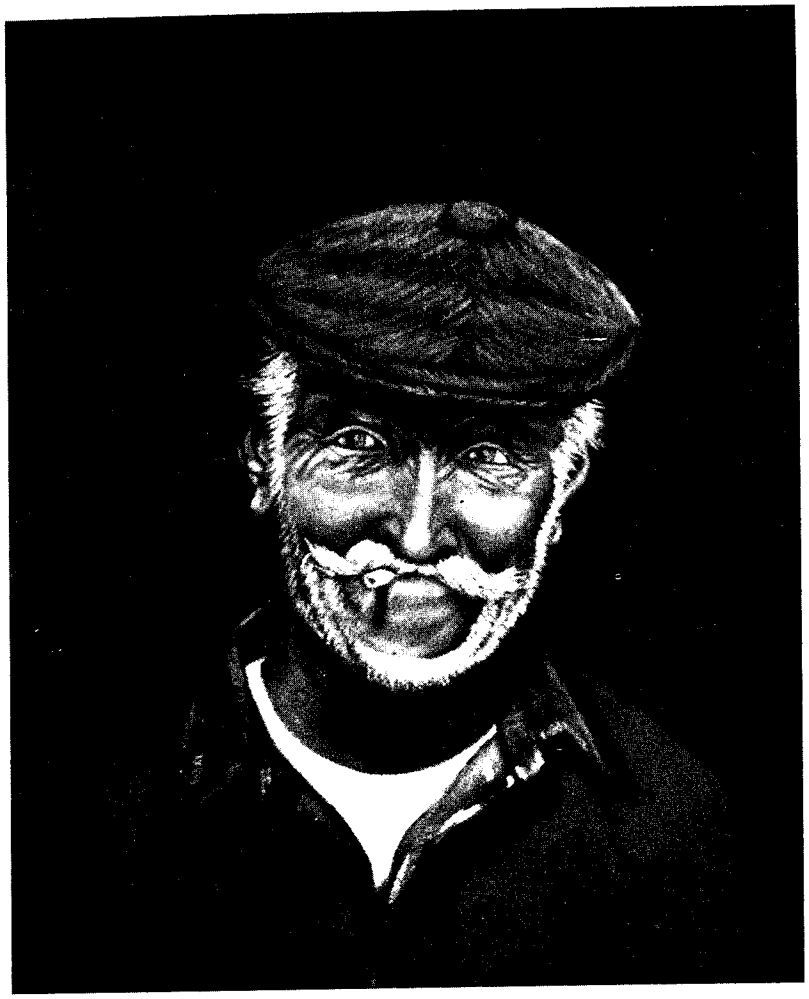
Aprender a discernir
un mundo en fiesta,
en la sinfonía matinal
de la floresta,
a proteger,

de manera innegociable
y decidida,
el color siempre verde de la vida.

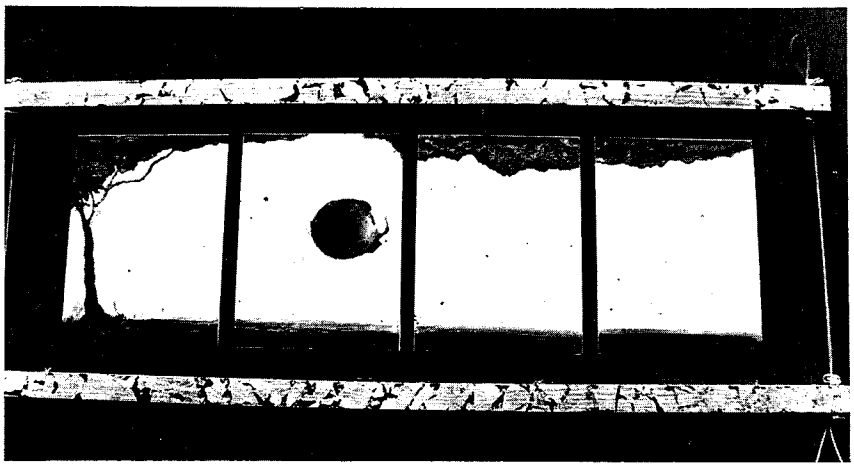
Si se siembra una nota verde
en cada espacio perdido,
si se llenan con sonrisas
los espacios hoy vacíos,
Mar y **Tierra** serán trono
de un Hombre por siempre Niño,
el río será más ancho,
la lluvia más permanente
y el Mundo
un Mundo que lucha
por la Vida y el Ambiente.



Mención de honor
Categoría: *Pintura*
Obra: *Punking crucifiction*
Autor: *Francisco De la Mota*



Mención de honor
Categoría: *Pintura*
Obra: *Picardía senil*
Autor: *Celina Fondeur*



Mención de honor
Categoría: *Pintura*
Obra: *Eclipse*
Autora: *Cynthia Valenzuela*

VEREDICTO DEL
CONCURSO DE ARTE Y LITERATURA
BANCENTRAL 1997

ARTE

CATEGORÍA ESCULTURA

Primer Premio
Obra : Colapso
Seudónimo : Jessy
Autora : Francisco De la Mota

Segundo Premio
Obra : Residuo
Seudónimo : Poseidón
Autor : Federico Peña Martínez

Tercer Premio
Obra : ¿Sin idea?
Seudónimo : Hocus
Autor : Cynthia Valenzuela

CATEGORÍA PINTURA

Primer Premio
Obra : Sopera
Seudónimo : Tutunta
Autor : Mercedes Pérez de Martí

Segundo Premio
Obra : Investigación taína
Seudónimo : Colson
Autor : José A. Jiménez

Tercer Premio
Obra : Limones
Seudónimo : Lila
Autor : Mercedes Pérez Uribe

Menciones de Honor

Obra : Sombra
Seudónimo : Libélula
Autor : Maritza Balbuena

Obra : Punking Cruzifiction
Seudónimo : Jessy
Autor : Francisco De la Mota

Obra : Picardía senil
Seudómino : Tulipán
Autor : Celina Fondeur

Obra : El Eclipse
Seudónimo : Hocus
Autor : Cynthia Valenzuela

LITERATURA

CATEGORIA CUENTO

Primer Premio
Obra : Al filo del destiempo
seudónimo : Pascalipo
Autor : Juan Manuel Prida

Segundo Premio
Obra : Sueños enmarcados
seudónimo : Pascalipo
Autor : Juan Manuel Prida

Segundo Premio
Obra : Y en la tarde, también recoge azucenas
seudónimo : a. com.
Autor : Luis José Bourget García

Tercer Premio
Obra : La conclusión de Verdaldorso Soto
seudónimo : Galenápolo
Autor : Ramón Echavarría

Tercer Premio
Obra : Holocausto
seudónimo : Primavera
Autor : Mirtha Disla

CATEGORIA POESÍA

Primer Premio
Obra : El fuego de la última rosa votiva
seudónimo : Bristol
Autor : Luis José Bourget García

Menciones de Honor

Obra : Mar y tierra
Seudónimo : Geomar
Autor : Henry Almonte Diloné

APENDICE

APÉNDICE

Notas biográficas de los autores*

Henry Almonte Diloné nació en el año 1958 en la ciudad de Santiago de los Caballeros. Ingeniero Civil, Economista y Comunicador Social. Cultivador ferviente del soneto y del cuento. Ha publicado "De lo humano a lo divino", libro de sonetos, y cuentos dispersos en diferentes periódicos y revistas de circulación nacional. Ingresó al Banco Central en 1989 como Subdirector de Ingeniería y Planificación de INFRATUR; actualmente se desempeña como Encargado de Promoción y Asuntos Internacionales del Departamento de Desarrollo y Financiamiento de Proyectos (DEFINPRO).

Maritza Balbuena Alvarado nació en Río San Juan. Es hija de Francisco Balbuena Sánchez y Lilia Alvarado. Después de realizar sus estudios primarios y secundarios se trasladó a la ciudad de Santo Domingo, donde obtuvo el título de Secretaria Ejecutiva en el Instituto Dominicano Gregg. Posteriormente cursó estudios especializados en la Ohio State University. Actualmente es pensionada del Banco Central, donde laboró por espacio de 14 años, sirviendo en diferentes áreas de la institución. Además de la pintura, disfruta de las artes manuales, la natación y su ratos libres los llena con la lectura y la música clásica.

Luis José Bourget García nació en septiembre de 1966, en Santo Domingo. Es Técnico en Administración de Empresas y estudiante de economía en el INTEC. Labora en el Departamento de Presupuesto del Banco Central de la República Dominicana y es Vicepresidente de la Fundación de Ayuda Comunitaria, Inc. Aficionado la lectura, la escritura y el Internet. Obtuvo el Tercer Premio en el Concurso de Ensayos de la Revista Amigo del Hogar (1984). Ha obtenido varias menciones de honor en el Concurso de Cuentos de Casa de Teatro (1994, 1995 y 1996), y recibió una certificación de finalista en el Concurso de Cuentos Juan Rulfo, en Francia (1994).

---

* *Estas notas biográficas fueron confeccionadas por los propios autores.*

Francisco Silvestre De la Mota Sánchez nació en la ciudad de La Vega, el 6 de febrero de 1965. Egresado de la Universidad Iberoamericana (UNIBE) en Administración de Empresas (1992); Agente en Bolsa de Valores (1993), ha realizado cursos de adiestramientos en Washington, D.C., y Santiago de Chile. Labora desde el año 1991 en el Departamento de Cuentas Nacionales y Estadísticas, División de Precios, trabajando en la Encuesta Diaria sobre el Dólar Extra bancario y en el cálculo del IPC. En el Arte ha recibido cursos personales en grabado en metal, serigrafía, cerámica y vitral; trabajó en el Museo de Arte Moderno como Encargado de Registro (1988-89); ha compartido con pintores de la talla de Osvaldo Guayasamín y Carlos Cruz Diez. Fue ganador del segundo lugar en las categorías de escultura y pintura en el Primer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1995.

Mirtha Celeste Disla Díaz, nació en Santo Domingo. Se graduó de Licenciada en Contabilidad en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Actualmente labora en el Banco Central de la República Dominicana, en el área de Contabilidad FIDE, del DEFINPRO. Desde muy temprana edad se sintió atraída por la buena lectura, encontrándose entre sus escritores predilectos: Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, J.J. Benítez y el Dr. Joaquín Balaguer. Según sus palabrtas, escribe las cosas que podrían ocurrirle al vecino o a nosotros. Ama a su familia, y su deseo es que sus hijos comprendan que los sueños pueden ser realidad.

Ramón Echavarría Peralta nació en el municipio de Luperón, en Puerto Plata. Egresado de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, donde se graduó de Doctor en Medicina. Realizó estudios de Administración y Dirección de Servicios de Salud, con el auspicio de la Organización Iberoamericana de Seguridad Social y Medicina Laboral e Higiene Industrial en el Instituto Tecnológico Dominicano. Ha ocupado varias posiciones en la Secretaría de Estado de Salud Pública y Asistencia Social, SESPAS. Ocupó el cargo de Encargado del Departamento de Medicina Preventiva de la Gerencia de Salud del Instituto Dominicano de Seguros Sociales, IDSS. Ha publicado trabajos en diferentes áres de la salud, temas literarios y diversos artículos de opinión en periódicos nacionales. Actualmente se desempeña como Jefe de División del Consultorio Médico del Banco Central.

Celina Fondeur Cernuda es Licenciada en Derecho. Se inició en el servicio público en la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, como Auxiliar de Asuntos Generales, al tiempo que cursaba estudios de Secretariado Ejecutivo en el Instituto Gregg. Conocedora de aspectos administrativos, normativos y de

procedimientos, se involucró en la parcela protocolar y luego al servicio exterior, donde le esperaban nuevas experiencias. A partir de entonces trabajó en el Consulado Dominicano en la ciudad de Nueva York; luego en la Oficina de Naciones Unidas. Regresó a Santo Domingo y más tarde fue enviada a España en calidad de Primer Secretario de la Embajada. Fue Subdirectora de la Dirección General de Pasaportes. Se integró al Banco Central en el año 1985, ocupando diferentes cargos, desde Asistente de Relaciones Públicas de la Gobernación, hasta Directora del Departamento Cultural, puesto que ocupaba cuando fue jubilada en 1995.

José A. Jiménez nació en Santo Domingo el 23 de febrero de 1964, realizó sus estudios primarios en la escuela República de Colombia y se graduó de bachiller en el Colegio Monte de Sión. Actualmente cursa el 4to. semestre de Licenciatura en Desarrollo Agrícola en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), además de realizar estudios de pintura en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Sus actividades las comparte con su Taller de Pintura, que instaló con los beneficios del Premio Anual de Pintura que organizó el Departamento Cultural del Banco Central de la República Dominicana en 1996, en el cual salió agraciado con el 3er. lugar en dicha categoría. Desde el año 1989 labora en el Departamento de Emisión y Caja de dicha institución. Su mayor meta es la de hacer "Historia en el Arte", siempre siguiendo con la temática de la cultura taína.

Federico Manuel Peña M. nació el 4 de agosto del año 1957 en Puerto Plata, "La Novia del Atlántico". Es graduado de economía en el año 1991, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, UASD. Labora en el Banco Central de la República Dominicana desde el año 1993, en el Departamento de Programción Monetaria e Investigación Económica. Es autodidacta en su estilo de escultara.

Mercedes Pérez Uribe nació en la ciudad de Santo Domingo. Graduada de economista en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Con estudios de Post-grado en Cuentas Nacionales, en el Centro de Estudios Monetarios Latinoamericano en la ciudad de México y Master en Comercio Internacional en American University de la ciudad de Washington D.C., Estados Unidos. Laboró en el Banco Central de la República Dominicana, en el Departamento de Estudios Económicos, como Encargada de la División de Cuentas Nacionales, Subdirectora del Departamento dc Cambio Extranjero y Directora del Departamento de INFRATUR. A raíz de ser pensionada por el Banco Central ha residido en Europa por varios años, principalmente en la ciudad de

Munich, Alemania. A su regreso al país en 1996, ha participado en varios cursos de arte y creatividad impartidos en el Banco Central, y en el curso Taller de Pintura a cargo de la profesora Miriam Miniño. Obtuvo el tercer premio en el Tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral de 1997, con su obra de óleo sobre tela, "Los Limones".

Marcela Pérez de Martí nació en Santo Domingo en el año 1936. Realizó sus estudios en el Colegio Luis Muñoz Rivera obteniendo el título de Commercial High School. Comenzó a laborar en el Banco Central de la República Dominicana en el año 1966, desempeñando labores secretariales durante 10 años, en los cuales estuvo en la Gerencia y en la Gobernación como Asistente Administrativo. Su inclinación por las artes comenzó al ser pensionada en el año 1993, ya que pudo disponer de tiempo para participar en los cursos de pintura al óleo, dirigido por la profesora Miriam Miniño, asupiciado por el Plan Cultural del Departamento de Jubilaciones y Pensiones del Banco Central, así como en la Academia de Pintura de Guillo Pérez.

Juan Manuel Prida nació en Santo Domingo el 19 de agosto de 1956. Cursó estudios de Economía en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y de Historia en la Universidad Católica de Santo Domingo. Ha publicado varios libros de cuentos: "Huellas en la Niebla" (Premio Anual de Cuento 1990), "Pieles a mi piel"(1992), y "Arena de soledad" (1994). Tiene inédito un cuarto libro de cuentos: "En la luz de la noche". Colabora con diarios y revistas nacionales y extranjeros. Actualmente trabaja en la preparación de una obra que recoge sus artículos publicados en el periódico "Hoy".

Cynthia Alexandra Valenzuela Acosta nació en San Cristóbal, R. D. Se graduó de arquitecto en la Universidad Iberoamericana en 1994. Actualmente trabaja en el Banco Central de la República Dominicana como arquitecto de la Subdirección de Ingeniería y Conservación de Edificaciones. Ha participado en varios seminarios y congresos relacionados con su profesión, y ha cursado estudios sobre historia de la arquitectura, idiomas y otros. Ha trabajado con la oficina de arquitectos Brea y Rancier, colaboró con la revista "Arkitecton" y participó en la exposición colectiva del CODIA sobre el diseño de una casa club para el mismo.

Esta primera edición de *Obras Premiadas. Tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1997*, consta de 1,000 (un mil) ejemplares, y se terminó de imprimir en los talleres de la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Departamento Administrativo del Banco Central de la República Dominicana, en el mes de mayo de 1998.